

UN ESTRATEGA FRANCÉS: ANDRÉ BEAUFRE (1902-1975)

Por JOSÉ ANTONIO IBÁÑEZ GARCÍA

Entorno y personalidad

El ámbito en que históricamente fueron modelándose las doctrinas estratégicas, debió ser necesariamente activo ante los cambios siempre continuados de los factores internos de cada nación, su situación política y económica, su entorno exterior y la evolución, casi nunca rápida, de los medios de combate. La aparición del motor impulsó tan notablemente la tecnología de armamentos que forzó a acelerar y actualizar la elaboración de las doctrinas estratégicas. Sin embargo, fue la brusca presentación de los explosivos nucleares con su naturaleza dinámica y su imponente poder destructor quien obligó, no sólo a un replanteamiento de las doctrinas estratégicas, sino incluso a un nuevo pensamiento de la estrategia general y hasta de los conceptos filosóficos de guerra y paz.

Paralelamente a la elaboración de las doctrinas, y sirviéndolas de apoyo, tradicionalmente el arte militar se basó en el análisis de pasadas campañas, empleo de los armamentos, examen de maniobras originales, y sobre todo en contrastar los resultados victoriosos o desfavorables de dos adversarios enfrentados en acciones ofensivas y defensivas. Pero el arma atómica, al no poder emplearse en defender (salvo limitadas situaciones tácticas) y sí sólo para atacar, destruir o aniquilar, —casi siempre sin haber llegado a emplear la maniobra—, parecía romper todos los esquemas militares anteriores y aparentó que las explosiones nucleares finalizarían por hacer la guerra

menos militar, la estrategia más general y el arte bélico totalmente esquemático.

Aparecieron las nociones de:

- Capacidad nuclear, como cantidad y clase de potencia que poseía una nación.
- Invulnerabilidad, suficiencia para resistir ataques previos.
- Credibilidad, o convencimiento de empleo por el enemigo potencial.

Las doctrinas estratégicas fueron pasando por diversas fases a medida que la potencia, número, precisión y radio de acción aumentaba: desde la «represalia masiva» a la «equivalencia esencial» se pasó por la «respuesta flexible» con destrucción mutua asegurada o la «suficiencia estratégica», estas últimas correspondiendo a lo que podríamos llamar estrategia de equilibrio o compensación.

Sin embargo a lo largo de todo este camino se fue produciendo la certeza de que la mayor utilidad de tales armas era el evitar que otros pudieran usarlas contra el que las poseyera. Por tanto, aunque prevaleció la idea original de que la guerra y la paz no obedecían ya a los esquemas clásicos anteriores a su aparición, se comprendió también que no parecía verosímil el evitar gran parte de las acciones hostiles contra un país solamente por la amenaza de represalias nucleares. Nació el concepto «disuasión», en su sentido más amplio, como garantía de impedir al adversario tomar la decisión de emplear sus medios nucleares; y la antítesis acción-disuasión rompió todos los esquemas estratégicos anteriores produciendo un vacío teórico difícil de comprender.

Para explicar, metodizar y sobre todo racionalizar estos fenómenos nuevos, hacía falta un pensador que explorara el inédito campo nuclear, y proporcionara un esquema teórico original. Esto es, una estructura en que cupiera tanto el mundo nuclear como el no nuclear y ordenara los cambios que pueden producirse en un sistema extremadamente dinámico. En suma, encontrar una nueva estrategia que aunara la acción con la disuasión.

Este fue el gran reto con que se enfrentó André Beaufre; el desafío que se impuso a sí mismo. Esta fue la gran victoria que obtuvo ya con su primer libro: *Introducción a la estrategia*, logrando lo que no había conseguido anteriormente ningún tratadista de este tema: convertir en pocos años una obra general en un texto clásico; en un auténtico manual de imprescindible estudio y consulta para cualquier militar o civil que quiera penetrar con hondura en el conocimiento del campo estratégico. Sin embargo, este tratado no representó más que un primer ensayo de lo que posteriormente

concretaría en: *Disuasión y estrategia* y remataría con: *Estrategia de la acción*. Es particularmente esta trilogía la que ha colocado a Beaufre a la cabeza de los pensadores contemporáneos y la que ha marcado un hito histórico en el entendimiento del cada vez más complejo mundo de las teorías estratégicas.

El 25 de enero del año 1902 nace en Neuilly, André Beaufre. Su entorno familiar y escolar en que se palpa día a día el amor a Francia, le lleva con sólo 16 años a participar en la Primera Guerra Mundial como voluntario en la LXXXV División de Infantería del Ejército de Estados Unidos, Unidad en que realizó funciones de intérprete. Fue allí donde comenzó a conocer la grandeza y a la vez el egoísmo de la gran nación americana. Así lo reconoce en el prefacio a su libro: *L'OTAN et L'Europe*, cuando se dirige a sus amigos norteamericanos:

«Se advierte la necesidad de que nos ayudéis a hacer la Europa. No una Europa que sea una mala copia de Estados Unidos; una Europa construida sobre los datos originales de nuestra larga historia. Nosotros os hemos ayudado a nacer y por dos veces vosotros nos habéis ayudado a sobrevivir: nadie está libre de deuda. Es cierto que poco se puede hacer en el Mundo actual sin Estados Unidos, pero igualmente Estados Unidos tiene necesidad de Europa, elemento esencial del equilibrio mundial. Es una exigencia del desarrollo común de nuestra civilización».

Finalizada la Primera Guerra Mundial continuó sus estudios civiles hasta que en el año 1922 ingresó en el Colegio Militar de Saint-Cyr. Es allí en aquel Centro, a la vez duro y romántico, donde aprende que el sacrificio es la moneda que paga el salario militar; que el servicio es la única razón de existencia, y que la preparación física e intelectual ha de ser labor cotidiana en todos los momentos, destinos y trances. Pero también se da cuenta de que la enseñanza militar francesa tiene enormes lagunas en varias de sus disciplinas básicas como son la estrategia, la táctica y la política. Ello le hace reflexionar sobre los males que corroen la docencia castrense francesa y pensar sobre posibles remedios que la revitalicen. Es la época juvenil del estudio, las esperanzas y las ilusiones.

Ya oficial de Infantería es destinado voluntario al V Regimiento de Tiradores de base en Argel. Con esta Unidad participa en varias acciones de guerra y es herido de gravedad. Sus dotes de mando, inteligencia, serenidad y reposado valor ante el enemigo le hacen acreedor a la Cruz Militar y a tres citaciones por servicios distinguidos. Estos hechos bélicos ponen de manifiesto al joven subalterno que el Ejército colonial francés no está instruido ni pertrechado como creen hacer ver los informes oficiales.

Simultaneando sus estudios en la Escuela de Guerra con cursos libres de Ciencias Políticas, Beaufre consigue el diploma de Estado Mayor. En sus Memorias hace balance de este período y destaca la aberrante doctrina que propugna este Organismo, anclado en los análisis de la guerra 1914-1918, sin tener en cuenta el enorme avance de la tecnología de armamentos y medios de transporte, las divergencias entre la política francesa y la organización de su Ejército, y sobre ello el conformismo nacional ante tal situación de inmovilismo militar.

Destinado al Estado Mayor del Ejército, mandado por el general Maurice Gamelin, sufre un tremendo golpe emocional al darse cuenta desde este destino, lugar directriz del Ejército, de las tensiones políticas que debilitan a la institución, la lentitud burocrática y el formulismo que matan la iniciativa, así como de la carencia de programas de material y armamento y, sobre todo, la carencia total y absoluta de imaginación para afrontar los graves problemas que se avecinaban.

Es en este momento en que nace su voluntad de escritor, al principio para dar suelta a esa torrente de frustraciones que le hacen vivir el entorno de su destino, después como muestra de inquietud intelectual y patriotismo. Finalmente como manifestación de su pensamiento filosófico, estratégico y táctico producto de unas etapas de asimilación y reflexión.

Tras un corto período de mando como capitán en el Regimiento de Tiradores Marroquíes, donde compagina la satisfacción del mando con su naciente afición literaria, es destinado al Estado Mayor del Cuartel General del Ejército. Allí vivió el principio de la guerra del año 1940 y desde el interior del Centro de Decisiones pudo darse cuenta de los errores organizativos, lo obsoleto de las concepciones estratégicas y tácticas y de los innumerables factores negativos que llevaron al Ejército francés al gran desastre del mes de junio.

A finales del año 1940 llegó a Argelia como secretario permanente de la Defensa Nacional y, aparte de sus tareas oficiales, se dedicó a la organización de la defensa norafricana. Sus contactos con elementos de la resistencia en la Francia ocupada y con británicos y americanos provocaron su detención en mayo del año 1941. Permaneció en prisión hasta noviembre de aquel año, quedando provisionalmente separado del servicio. Aprovechó estos meses, de forzada inactividad profesional, para ordenar y recopilar documentación sobre el conflicto en curso y comparar el desarrollo de las victoriosas batallas alemanas con las normas de la estrategia y táctica vigentes para el Ejército francés. En esos días, su mente comenzó a fraguar los conceptos básicos de su futura obra: *Introducción a la estrategia*.

Desde su destino en el Estado Mayor de la División de Marsella continuó cada vez con más ahínco su vinculación a la resistencia y su colaboración con británicos y americanos; hasta el punto de que el día 7 de noviembre, trasladado en submarino e hidroavión, arribó a Argel vía Gibraltar, comenzando una etapa de organización del Ejército francés que luchó por la recuperación de su país, y manteniendo intensísimos lazos con los representantes militares americanos, a los que llegó a conocer profundamente. Este conocimiento luego le serviría de base para justificar y animar la salida francesa de la OTAN.

Tomó parte activa en las campañas de Túnez, Córcega, Italia y desde marzo del año 1945 como jefe de operaciones del Ejército francés, actuó en todas las acciones importantes que esta Gran Unidad desarrolló en Alemania y Francia.

Finalizada la Segunda Guerra europea no acabaron las actividades bélicas de Beaufre ya que luchó en Indochina y destacó como jefe de una de las columnas en el alto Tonkin. En el escenario indochino, ya como general de brigada, fue poco después jefe de operaciones del general De Lattre de Tassigny.

A su regreso a Europa actuó como jefe del Grupo de Estudios Tácticos Interaliado de las fuerzas de la OTAN.

En el año 1956, con el grado de general de división, mandó el Cuerpo Expedicionario francés que en una brillante y rápida campaña derrota al Ejército egipcio, pero ve como la presión de Estados Unidos y la URSS imponen un alto el fuego a su victoriosa campaña. Esta obligada parada de la expedición a Suez le acrecentará su creencia de que sólo una nación que tenga un poder disuasorio sobre las demás está en condiciones de realizar una auténtica política de fuerza. Por otro lado sus sentimientos de patriota y de compañero se sienten heridos hasta lo más profundo de su alma. Así lo expresa claramente en el libro: *L'expédition de Suez*:

«A otras preocupaciones se juntaban las que me causaban la moral de mis cuadros, terriblemente afectados por nuestro fracaso que ellos no entendían. Para estos oficiales de elite, la prueba fue demasiado fuerte y les quedará un fuerte traumatismo que luego explicará en buena parte lo que después ocurrirá en Argelia».

Sobre este tema reincide en numerosas ocasiones a lo largo de su obra. Por ejemplo en: *Disuasión y estrategia*:

«...por no comprender las reglas nuevas, demasiado contradictorias, conjeturales y cambiantes, se ha buscado refugio tan pronto en la gran

ilusión del desarme como en la abdicación de nuestra seguridad en manos de Estados Unidos. El mismo Ejército, dolido por sus amargas experiencias de Indochina y Argelia, padece una especie de desazón intelectual que corre el riesgo de hacerle perder el sentido de la utilidad de sus tareas cotidianas».

Beaufre fue ascendido en el año 1957 a general de Cuerpo de Ejército y posteriormente designado jefe de Logística y Administración del Estado Mayor del Comando Supremo de las Fuerzas de la OTAN hasta el año 1960 en que logró la máxima jerarquía en tiempo de paz del Ejército francés. En este empleo fue destinado jefe de la delegación francesa en el Grupo Permanente de la OTAN hasta su retiro en el año 1962 cuando cumplió la edad reglamentaria.

En el año 1962 al retirarse del servicio activo funda y dirige el Instituto de Estudios Estratégicos de Francia. Continúa investigando, reflexionando, estudiando y dando a la luz sus inquietudes intelectuales en el orden de la estrategia, la política, la guerra revolucionaria y la racionalización del porvenir en base a un progresismo idealista construido sobre un método riguroso.

Su biografía, como dice Liddell-Hart, muestra tan extraordinaria variedad de experiencias que dio al pensador Beaufre un cúmulo excepcional de reflexiones para estudiar la concepción y aplicación de la estrategia a situaciones y operaciones reales. Por ello su obra: *Introducción a la estrategia*, es en realidad el tratado sobre este tema más completo, más cuidadosamente formulado y puesto al día que haya sido publicado en el transcurso de esta generación. En muchos aspectos supera a todos los tratados anteriores.

Pero Beaufre no se conformó, en aquel su primer libro, con mostrar que la estrategia nunca es una doctrina única sino un arte de escoger oportunamente entre las diversas doctrinas y los procedimientos posibles, y por ello trató de definir y metodizar los principales problemas de la estrategia contemporánea: la estrategia atómica y la estrategia indirecta, en busca siempre de una estrategia total.

La solución a aquellas dos cuestiones la busca en sus obras siguientes: *Disuasión y estrategia* y *Estrategia de la acción*. En la primera explora las leyes de la disuasión mediante un análisis del fenómeno, indagando la existencia de una verdad estratégica objetiva desligada de toda consideración de oportunidad, llegando a la conclusión de que en la contradicción beneficio-riesgo está la razón de la paz estable.

En *Estrategia de la acción* completa su concepción de la estrategia total. De forma ordenada y sistemática estudia los caracteres de la acción, la relación entre los elementos que la integran, establece las líneas de la maniobra, realiza el estudio histórico, la psicología y mecánica de la acción, diseccionando la estrategia total y el plan de acción, tanto en el modo directo como en el indirecto. Llega a la conclusión de que la estrategia total que se impone a nuestra época no es algo militar sino una técnica gubernamental para hacer posibles los objetivos políticos.

Los tres libros: *Introducción a la estrategia*, *Disuasión y estrategia* y *Estrategia de la acción*, aunque independientes entre sí, forman un todo coherente e integran la unidad de una teoría de la estrategia total que obligue a adoptar los recursos superiores del Estado y permita reemplazar el concepto actualmente sobrepasado de «Defensa Nacional». Para ello se ve la necesidad de una osmosis constante entre la política y la estrategia total; la primera gobernando y trazando el cuadro en el cual la estrategia buscará sus soluciones; la segunda, ayudando a la política a establecer su diagnóstico, a partir de un método riguroso y del conocimiento de las posibilidades estratégicas.

Su visión de la estrategia

El Beaufre militar, táctico, organizador, estratega, pensador, cuando se pone a escribir es ante todo un pedagogo que explica, razona, metodiza y sobre todo expone con simple naturalidad los problemas más complicados, los temas más arduos, las teorías más complejas. Leyéndole, la estrategia total se desvela a nuestros ojos con una brillante claridad siempre matizada por el término justo, la idea precisa, el concepto claro. De este Beaufre educador vamos a transcribir su pensamiento estratégico, haciendo, por la índole del trabajo, un especial hincapié en la faceta nuclear.

La estrategia no debe ser una doctrina única, sino un método de pensamiento que permita clasificar y jerarquizar los acontecimientos para luego escoger los procedimientos más eficaces. Cuando actualmente la guerra ha llegado a ser abiertamente total, simultaneando todos los ámbitos: político, económico, diplomático y militar, no puede existir sino una estrategia total. Ello plantea con agudeza el problema entre la política y la estrategia y permite comprender mejor el espacio propio de cada una. También resalta de forma contundente que la estrategia no puede ser sólo el feudo de los militares, y veo en esta conclusión indudables ventajas, porque cuando la estrategia haya perdido su carácter esotérico y especializado, podrá convertirse en lo que son las restantes disciplinas, y en lo que

debería haber sido siempre: un cuerpo de conocimientos acumulativos que se enriquecen en cada generación, en lugar de ser un perpetuo descubrir de nuevo el azar de las experiencias por las que se ha pasado.

La guerra, antaño juego de reyes, se ha convertido hoy en una empresa preñada de demasiados peligros mayúsculos. Según la palabra forjada por Raymond Aron, nuestra civilización precisa una «praxeología», una ciencia de la acción. En esta ciencia la estrategia puede y debe desempeñar un papel capital para conferir un carácter consciente y calculado a las decisiones mediante las cuales se pretende que prevalezca una política. Considero que es éste el objetivo hacia el que ha de tender todo estudio de la estrategia que en cualquier momento ha de ser pensable y razonable.

Opino que la esencia de la estrategia yace en el juego abstracto que resulta, como ha dicho Foch, de la oposición de dos voluntades. Es el arte que admite, con independencia de toda técnica, dominar los problemas que plantea en sí todo duelo, para permitir precisamente emplear las técnicas con la máxima eficacia. Es, pues, el arte de la dialéctica de las fuerzas, o aún más exactamente, el arte de la dialéctica de las voluntades que emplean la fuerza para resolver el conflicto.

Esta definición podrá, desde luego, parecer muy abstracta y muy general. Pero es justo en este nivel donde conviene colocar la estrategia si se quiere comprender su estructura mental y las leyes que en ella se pueden descubrir.

Es preciso admitir que la finalidad de la estrategia es alcanzar los objetivos fijados por la política, utilizando lo mejor posible los medios de que se dispone. Ahora bien, estos objetivos pueden ser ofensivos —conquista, imponer la aceptación de tales o cuales condiciones onerosas—, defensivos —protección del territorio o de tales o cuales intereses— o incluso pretender sencillamente el *statu quo* político. Se ve ya desde ahora que fórmulas como aquella atribuida a Clausewitz de «la decisión mediante la batalla victoriosa», por ejemplo, no pueden aplicarse a todos esos objetivos. Por el contrario, la única ley general que los abarca todos es la que, descartando cualquier noción del medio merced al cual la decisión fuera obtenida, sólo considera la esencia misma de la decisión que se busca. Esta decisión es la aceptación por el adversario de las condiciones que se le quieren imponer. En esta dialéctica de las voluntades, la «decisión» es un «acontecimiento de orden psicológico» que se quiere producir en el adversario, convencerle de que emprender o proseguir la lucha es inútil.

Naturalmente, tal resultado podría alcanzarse por la victoria militar; pero ésta, con frecuencia, no es indispensable e incluso es muchas veces completamente irrealizable, en tanto que otros medios pueden ser eficaces. Volviendo a situar el problema en su verdadero terreno, que es el de la psicología del adversario, se pone uno en condiciones de apreciar correctamente los factores decisivos. Así nos hallamos al mismo tiempo en un sistema de pensamiento que comprende tanto la victoria militar como la estrategia supuestamente nueva de la disuasión nuclear.

Lenin, analizando a Clausewitz, había dado una definición citada con frecuencia que reconoce plenamente el carácter psicológico de la decisión:

«Retrasar las operaciones hasta que la desintegración moral del enemigo torne a la vez posible y fácil asestarle el golpe decisivo».

Pero pensaba en cuanto revolucionario y no veía más que la acción política actuando como una especie de preparación artillera de carácter moral. Era la inversa de la concepción romántica y militar de Clausewitz en la que la moral enemiga resultaba rota mediante una victoria militar. Por tanto, la fórmula general me parece ser la siguiente:

«Alcanzar la decisión creando y explotando una situación que acarree una desintegración moral del adversario suficiente como para llevarlo a aceptar las condiciones que se le quieren imponer».

Medios de la estrategia

Para alcanzar la decisión, la estrategia dispondrá de una gama de medios materiales y morales que van desde el bombardeo nuclear hasta la propaganda o el tratado de comercio. El arte consistirá en elegir entre los medios disponibles y en combinar su acción para que concurren a un mismo resultado psicológico que sea lo bastante eficaz como para producir el efecto moral decisivo.

La «elección de los medios» habrá de depender de una confrontación entre las vulnerabilidades del adversario y nuestras posibilidades. Para así hacerlo, es preciso analizar el efecto moral decisivo ¿A quién se quiere convencer? En último análisis, es al gobierno adverso al que se quiere convecer; pero, según los casos, será más fácil actuar directamente sobre los dirigentes (Chanverlain en Godesberg o en Munich), escogiendo aquellos argumentos a los que sean sensibles o, por el contrario, actuar indirectamente sobre tal o cual parte de la opinión que tenga vara alta en el gobierno, o sobre un gobierno aliado que goce de una fuerte influencia, o

sobre la ONU, por ejemplo. Si el envite es de poca monta, semejantes presiones pueden ser suficientes; si es de mayor importancia, pueden ser necesarias acciones de fuerza, etc. En esta forma, se puede llevar el análisis cada vez más lejos, hasta dar con aquellos medios que estén a nuestro alcance y sean capaces de producir la decisión que se busca.

Este es el momento de elaborar el plan estratégico. Como se trata de dialéctica habrá que prever las reacciones adversas posibles frente a cada una de las acciones consideradas y asegurarse la posibilidad de parar cada una de ellas. Si el plan está bien hecho no deberían existir circunstancias aleatorias. La maniobra estratégica que tienda a conservar la libertad de acción ha de ser, pues, «contraaleatoria».

«Modelos» estratégicos

Según sean los medios relativos de los dos adversarios y según sea la importancia del envite, el plan estratégico se ordenará de acuerdo con diversos «modelos»:

1. Si se dispone de medios muy potentes —o si la acción considerada puede poner en juego los potentes medios de las naciones aliadas— y si el objetivo es modesto, la sola amenaza de esos medios puede llevar al adversario a aceptar las condiciones que se le quieren imponer, y aún más fácilmente a renunciar a sus pretensiones de modificar el *statu quo* existente. Este modelo de la «amenaza» directa es el que goza actualmente de gran boga, merced a la existencia del arma atómica, y el que sirve de base al imponente edificio de la estrategia de disuasión.
2. Por el contrario, aunque el objetivo siga siendo modesto, si no se dispone de medios suficientes para constituir una amenaza decisiva, se buscará la decisión a través de acciones más o menos insidiosas de carácter político, diplomático o económico. Este modelo de «presión indirecta» ha sido amplísimamente utilizado por las estrategias hitleriana y soviética, menos en razón de la escasez de sus medios de coerción cuanto en razón de la disuasión en ellas producidas por la amenaza directa de las fuerzas adversas. Es una estrategia que corresponde a los casos en que reducida la zona de libertad de acción de la fuerza.
3. Si el objetivo es importante, aunque estrecho el margen de libertad de acción y limitados los medios, se buscará la decisión mediante una serie de acciones sucesivas, combinando, según fuere preciso, la amenaza directa y la «presión» indirecta con acciones de fuerzas limitadas. Este modelo «mediante acciones sucesivas» fue empleado por Hitler del año 1936 al año 1939, pero sólo tuvo éxito mientras el objetivo pareció ser de

interés menor. Esta estrategia se adapta particularmente al caso de naciones defensivamente fuertes —o bien protegidas por la Naturaleza— y deseosas del alcanzar progresivamente grandes resultados, pero no comprometiéndose ofensivamente sino medios reducidos.

4. Si el margen de libertad de acción es grande, pero muy escasos los medios disponibles para obtener la decisión militar se puede recurrir a la estrategia de conflicto de larga duración, tendente a lograr el desgaste moral y la laxitud del adversario. Se trata de obligarle a un esfuerzo tan considerable que no pueda mantenerlo indefinidamente. Este modelo de lucha total prolongada con débil intensidad militar, ha sido generalmente empleado con éxito en las guerras de descolonización. Su principal técnico es Mao Tse-Tung.
5. Si los medios militares de que se dispone son bastante potentes, se buscará la decisión mediante la victoria en un conflicto violento y, si es posible, corto. Este modelo de conflicto violento tendente a la victoria militar corresponde a la estrategia clásica de tipo napoleónico, su principal teórico es Clausewitz, ha dominado la estrategia europea del siglo XIX y primera mitad del XX. Considerada sin razón como la única estrategia ortodoxa, ha engendrado las dos grandes guerras mundiales 1914-1918 y 1939-1945, poniendo ambas de manifiesto los límites del concepto causewitziano-napoleónico. Pero si la victoria militar no se consigue rápidamente la decisión sólo se logra entonces después de una fase de desgaste recíproco, prolongada y desmedida con relación al envite, a consecuencia de la cual el vencedor, y sobre todo el vencido, salen del conflicto completamente agotados. Por otra parte, es interesante observar que el esquema ya se había aplicado a Napoleón en razón de su impotencia para resolver los problemas inglés y ruso. Pero Clausewitz y sus discípulos estaban obcecados por las victorias del emperador hasta el extremo de no reconocer los límites de aquéllas. Este error intelectual ha costado probablemente a Europa su preeminencia en el Mundo.

Conclusiones de los modelos estratégicos

Los cinco modelos que se acaban de indicar, más representan ejemplos que una clasificación exhaustiva de los diversos tipos de estrategia.

Presentan sobre todo el interés de demostrar claramente la diversidad de soluciones entre las que la estrategia ha de saber elegir, lo que permite aprehender mejor el «carácter y la originalidad del razonamiento estratégico». En tanto que el razonamiento táctico y logístico descansa casi exclusivamente

en un metodismo tendente a la aplicación racional de los medios militares para alcanzar un resultado dado, y que el razonamiento político, al tener que apreciar lo que la opinión desea, o puede admitir, ha de conceder una parte preponderante a la psicología y a la intuición, el razonamiento estratégico debe combinar los factores psicológicos y los datos materiales mediante una operación mental abstracta y racional.

Pero estos cinco modelos permiten igualmente poner de manifiesto el error cometido por numerosos estrategas al no preconizar más que un solo tipo de estrategia. En efecto, cada modelo corresponde a una teoría particular presentada por su protagonista como la única o la mejor solución, en tanto que cada una de ellas es sola la mejor en el cuadro de condiciones bien definidas. Por falta de un análisis suficiente de los factores de estrategia con harta frecuencia las opciones han sido dirigidas por la costumbre o por la moda del momento. Los conflictos han escapado entonces al dominio de los gobiernos y han producido espantosas catástrofes internacionales. Actualmente, en que el Mundo pasa por una crisis de adaptación sin precedente, mientras las fuerzas científicas, industriales y psicológicas irrumpen en el arte militar, se ha hecho más vital que nunca disponer de un método de pensamiento que nos permita conducir los acontecimientos en lugar de soportarlos. De ahí la importancia y la actualidad de la estrategia.

Estrategia atómica

La estrategia atómica —o mejor dicho, la aplicación por la estrategia de las consecuencias del arma atómica— ha producido importantes alteraciones en la concepción del empleo de las fuerzas con vista a la guerra o al mantenimiento de la paz. Es interesante desmontar el mecanismo mediante el cual se han producido los cambios. Así podrá medirse mejor la importancia de tales alteraciones y, acaso, tratar de prever las culminaciones posibles de la evolución que está en curso.

Importancia y originalidad del arma atómica

El arma atómica, servida por los medios modernos de entrega, no es, como se ha dicho a veces inexactamente, «sino un arma como las demás, sólo que más potente». Ante todo por su potencia no tiene punto de comparación con nada de lo que hemos conocido.

Como por otra parte el alcance de los vectores tiende a abarcar la superficie de medio meridiano terrestre, esta arma podrá lograr cualquier objetivo del

globo terrestre con notable precisión; actualmente sólo abarca el cuarto de meridiano, lo cual quiere decir que una arma sola abarca con su amenaza todo el hemisferio de la que es centro.

En razón de esta doble característica (potencia y alcance), el arma atómica provoca un fenómeno enteramente nuevo: «ya no existe relación entre la potencia y la masa». Todavía ayer eran precisos 1.000 aviones para destruir a Hamburgo y todos los cañones de un ejército para destruir a Berlín; hoy, cada una de esas destrucciones podría realizarse con una sola misión individual.

Por otra parte, esa extraordinaria potencia de fuego tiene una «movilidad casi total», en contraste con la pesadez de las masas armadas, y permite alcanzar cualquier punto del territorio. La defensa de las fronteras con la muralla humana constituida por los ejércitos, se revela impotente para proteger al país con la destrucción física o la contaminación nuclear. De suerte que las Fuerzas Armadas tradicionales parecen completamente inútiles —al menos a primera vista.

Para defenderse de este peligro sin precedentes, no existen, al parecer, sino cuatro tipos posibles de protección:

1. «La destrucción preventiva» de las armas adversas (medio ofensivo directo).
2. «La interceptación» de las armas atómicas (medio defensivo).
3. «La protección física» contra los efectos de las explosiones (medio defensivo).
4. «La amenaza de represalias» (medio ofensivo indirecto).

Estas cuatro modalidades han sido explotadas correlativamente con fortunas diversas y han concluido por combinarse en formas estratégicas muy complicadas.

«La destrucción preventiva», ya no de las armas atómicas, difíciles de localizar, al menos de los medios de producción y de lanzamiento, pareció ser al principio la mejor fórmula; la superioridad norteamericana era considerable y los medios de lanzamiento adversos constituidos por acciones dependientes de bases aéreas de fácil localización, permitían confiar en la destrucción de la casi totalidad de los medios enemigos. Se estableció una táctica de destrucción basada en un buen plan de fuegos nucleares que prevenía el ataque a cada uno de los objetivos conocidos.

Pero esta situación duró poco tiempo: los objetivos se fueron multiplicando en razón de los medios del adversario y del desarrollo de su táctica de dispersión. Por otra parte, la política pacífica proclamada por la OTAN

permitía difícilmente tomar la iniciativa en el desencadenamiento de acciones de bombardeo. Desencadenar sólo podía hacerse como réplica y por tanto era necesario un ataque previo.

Al estudiar el problema de la destrucción de fuerzas ganaba interés el ataque por sorpresa: a partir de cierto nivel de medios el ataque enemigo podía causar tales destrucciones que la réplica resultara problemática. Por tanto era necesario que ésta tuviera en todos los casos suficiente entidad para suprimir la capacidad adversaria.

Como quiera que sea, la protección completa mediante una destrucción preventiva de los medios adversos aparece como terriblemente problemática (1). Su acción sería indispensable en el curso de un conflicto, pero con resultados que sólo serían parciales. Por tanto, se impone el empleo de otros medios de protección.

«La interceptación» de las armas atómicas apareció bastante pronto como un posible elemento clave de la nueva estrategia. De convertirse en absoluto por nuestra parte en valor de la interceptación, ya no se necesitaría una acción preventiva —políticamente tan peligrosa— ni de protección física, perdiendo además todo peligro la amenaza de represalia adversa.

Pero este objetivo ideal es técnicamente muy difícil de lograr y de mantener. En la gigantesca carrera tecnológica emprendida entre la interceptación y la penetración, a cada progreso de la interceptación responderá un nuevo progreso de la penetración. Así se va desarrollando en tiempos de paz una nueva forma de estrategia, apenas esbozada en los anteriores conflictos por lo que se llamó «la carrera de armamentos».

Esta estrategia no libra batallas, pero trata de superar las «marcas» de los materiales adversos. Se le ha dado el nombre de «estrategia logística» o de «estrategia genética». Su táctica es industrial, técnica y financiera. Es una forma indirecta de desgaste que, en vez de destruir los medios adversos, se contenta con descalificarlos, provocando así enormes dispendios.

Así se desarrolla una guerra silenciosa y aparentemente pacífica, pero que podría revelarse decisiva por sí sola. Sin embargo, no se termina nunca la carrera y, con altibajos, la interceptación sigue siendo problemática.

(1) Esta conclusión necesaria (singularmente, por ejemplo, con el desarrollo de los submarinos) no contradice la teoría norteamericana reciente que prefiere hablar de una táctica contra fuerzas, antes que de una táctica «contra ciudades». Volveremos sobre este punto a propósito de la disuasión.

Entonces, ¿puede reducirse los efectos de los fuegos atómicos en forma satisfactoria mediante «una protección física»? Antes de existir el arma termonuclear, se habían visto soluciones posibles: enterramiento, dispersión, movilidad, protección con obras de cemento armado, etc. Ninguna de estas soluciones proporciona una protección absoluta, pero el rendimiento de los disparos resultaría en cierto modo considerablemente reducido (en el mejor de los casos, cerca de 25 veces). Con el arma termonuclear, la protección conserva su valor relativo, pero la potencia del ataque se incrementa tanto que es difícil abrigar la esperanza de lograr una protección eficaz. Por otra parte, se necesitaría consagrar sumas astronómicas y muchos llegan a la conclusión de que es preciso dedicar todo el esfuerzo a los medios ofensivos y a su capacidad de penetración.

Y es que, en efecto, más allá de todos estos procedimientos defensivos, de validez variable e incierta, no existe verdadera protección sino en «la amenaza de represalias». Por ello, hay que tener una fuerza «de ataque» bastante potente como para desanimar al enemigo de emplear la suya. Es «la estrategia de disuasión» en su forma inicial más sencilla: se trata de influir directamente sobre la voluntad del adversario sin pasar por el intermediario de una prueba de fuerza. Con esta idea general, vamos a ver cómo se desarrolla una estrategia siempre más compleja y siempre más sutil.

La disuasión como elemento estratégico

La disuasión nuclear

La disuasión se basa ante todo en un factor material: hay que tener una gran potencia de destrucción, una buena precisión y una buena capacidad de penetración. Ya se ha visto, a propósito de la interceptación, la importancia que tiene esa lucha permanente para conservar una capacidad de penetración suficiente. Además, como no se hace la guerra, el valor exacto de las capacidades de interceptación y de penetración siguen siendo conjetural —lo mismo, por supuesto, que la potencia de destrucción del adversario.

Este factor material de por sí bastante incierto, se complica singularmente si se toman en consideración las hipótesis sobre cuál de los bandos será el que tirará primero. Este cálculo no tenía excesiva importancia en la época de los aviones relativamente lentos, ya que los plazos de alerta eran tales que el ataque y la réplica se cruzaban en el aire. Por el contrario, con los cohetes ya no hay disuasión si la primera andanada enemiga tiene tal capacidad de destrucción que nuestra réplica se viera considerablemente

debilitada. El valor de la disuasión ha resultado así ligado no a la potencia de la fuerza de ataque sino a la potencia que quedará después de haber sufrido la primera salva, o sea a su capacidad de supervivencia.

Los términos de la ecuación que refleja los resultados obtenidos por la primera andanada adversaria y por la réplica dependerá del valor relativo de las tácticas de supervivencia de ambas partes, pero, también de la eficacia estimada de las tácticas de interceptación, así como de la valoración de la precisión de tiro. Estos resultados se hacen cada vez más conjeturales.

Sin embargo, cuanto antecede tiene un carácter casi geométrico frente al factor psicológico mucho más importante y mucho más imponderable. Se quiere impresionar al adversario hasta impedir que utilice su fuerza de ofensiva. Por tanto, hay que tener una capacidad de destrucción tal que la tema lo bastante; luego, hay que llevarlo a creer que se es capaz de desencadenar la represalia como réplica o como primera andanada en esta o en aquella hipótesis.

El primer grado de esta operación consiste en dar al desencadenamiento un fundamento racional que le preste una buena verosimilitud. Es lo que se ha llamado «la credibilidad». Ésta es la resultante no sólo del valor de la ecuación material que acabamos de ver, y cuyo carácter positivo ha de ser subrayado, sino también de la comparación entre el riesgo y lo que se arriesga.

La base lógica de la disuasión en las naciones pequeñas estriba en convencer al adversario de que las pérdidas que sufrirá no estarán en proporción con sus ganancias eventuales. Este juego es bilateral y de credibilidades opuestas, respecto a un envite comparable tienden a anularse...

Entonces interviene un segundo grado de persuasión, basado esta vez por el contrario, en la «irracionalidad». Si tenemos que vérnoslas con un loco, no hay que acosarlo demasiado. La firmeza de Dulles, las iras y el zapato de Jruschov, la fría obstinación de De Gaulle corresponden a ese juego psicológico cuya influencia puede rebasar todos los cálculos deducidos del factor material. Es que en realidad el elemento decisivo se asienta en esta voluntad de desencadenar el cataclismo. Hacer creer que se tiene esa voluntad es más importante que todo lo demás.

De esta montaña de valoraciones conjeturales, de hipótesis y de apreciaciones basadas en intuiciones complejas, sólo destaca un único factor que tenga un valor cierto: «la incertidumbre». Es, en fin de cuentas, la incertidumbre la que constituye el factor esencial de la disuasión. Debe ser, por tanto, objeto

de una táctica particular cuya finalidad es incrementarla o, al menos, mantenerla. Es preciso, además, que se siembren dudas respecto a todos los elementos que permitirían valorar nuestras verdaderas intenciones. Naturalmente, es preciso en absoluto evitar cualquier acción o cualquier declaración que fuera a descartar alguna de las hipótesis que el adversario pudiera temer.

Las disuasiones complementarias

De todas maneras, los medios existentes incrementados por la incertidumbre, crean cierto grado de disuasión. Semejante «cierto grado» rara vez podrá ser absoluto desde que los dos campos disponen de armas nucleares. Ello quiere decir que existe, por tanto, un margen de disuasión, o sea para cada uno de los adversarios cierto grado de «libertad de acción», que se sitúa en el marco de las acciones menores, periféricas e incluso limitadas, cuyo envite se revelaría de demasiado poca monta para justificar que se ponga en ejecución la amenaza de represalias. La consecuencia de tal estado de cosas (conjetural, por supuesto), lleva a considerar un nuevo ámbito de la estrategia de disuasión, que habrá de tener por objetivo «completar el efecto de disuasión de la amenaza nuclear con otros medios», a fin de reducir y, a ser posible, suprimir, todo margen de libertad de acción para el adversario.

Para lograr este resultado de disuasión, se dispone de dos procedimientos. El primero, material, consiste en presentar al adversario un sistema de fuerzas militares capaz de llevar al fracaso las operaciones que pudiera iniciar, merced a su probable margen de libertad de acción. En ésta la razón de ser de los «escudos» de fuerzas tácticas, aeroterrestres o aeronavales que defienden las zonas sensibles. Es igualmente la razón de ser de los «cuerpos de intervención» capacitados para trasladarse a las regiones amenazadas.

Estos medios materiales permiten evitar el famoso lema de todo o nada, del desencadenamiento del holocausto recíproco o de la aceptación de los hechos consumados. El segundo procedimiento, de carácter psicológico, consiste en establecer y mantener un riesgo de desencadenamiento de las represalias si se produjera un conflicto local. Esta «amenaza de espiral atómica» restablece cierto grado de incertidumbre respecto a la importancia de los envites, incluso cuando éstos parecen inicialmente limitados. Desde este punto de vista, la existencia de las armas atómicas tácticas, con los riesgos de espiral atómica que pudiera entrañar su empleo, desempeña un papel muy importante en el ámbito de la disuasión. Este riesgo de espiral atómica se impone a muchos como un peligro. Es un peligro si la disuasión

no produce efecto. Por el contrario, en la estrategia de disuasión es un factor de seguridad complementaria.

Esta estrategia complementaria de la disuasión atómica va adquiriendo mayor importancia a medida que las amenazas de represalias se neutralizan recíprocamente cada vez más. En tal situación el desencadenamiento de las represalias se hace de menos en menos «creíble», luego asimismo la amenaza de espiral atómica. La estrategia de disuasión, con todos sus dispendios, parece desembocar en un callejón sin salida: se tiende a volver a una estrategia no atómica, de suerte que al esfuerzo atómico —exorbitante— ha de sumarse un esfuerzo para el armamento clásico, cual si no existiera el arma atómica. Es la tendencia que actualmente vemos desarrollarse desde que las fuerzas de ataque tienen, o van a tener, una buena capacidad de supervivencia.

Sin embargo, no cabe decir que se vuelve exactamente al punto de partida; es decir, a una situación análoga a la registrada en la fase anterior a la existencia de las armas atómicas. En efecto, la existencia de las armas atómicas mantiene un riesgo cuya apreciación depende esencialmente de los factores de incertidumbre e irracionalidad. Mientras esos factores tengan una importancia que no es de despreciar, es inimaginable que sea posible volver a tener un gran conflicto clásico del tipo 1939-1945, por ejemplo, ya que es imposible tener la seguridad de que en tal caso la espiral atómica no se produzca. Por este motivo se puede lograr un elevado grado de disuasión clásica con medios clásicos que, no obstante, son limitados: la magnitud de las fuerzas y de los riesgos que implicaría anularlos, crearía una situación demasiado grave para que nadie pudiera jactarse de que no provocaría la espiral atómica.

Hay que señalar, no obstante, que incluso en esta situación —bien lo ha demostrado la experiencia—, la disuasión deja subsistir un estrecho margen de libertad de acción: es aquella que explota la estrategia indirecta en el tablero mundial. La acción política y económica, la utilización de movimientos revolucionarios extranjeros, e incluso los conflictos dirigidos por persona interpuesta, escapan a los efectos de la disuasión —al menos de la que se acaba de estudiar. Una lógica idéntica a la que ha llevado a construir un sistema clásico de disuasión complementaria debe aconsejar que se construya un «sistema de disuasión en el ámbito indirecto».

Análisis de la disuasión

Disuasión bilateral

Supongamos que sólo dos adversarios se hallan frente a frente. El resto del mundo no existe. La calificación esencial del riesgo nuclear resulta de la distinción que se impone entre quien tira primero y el que replica, ya que el primero tiene todas las ventajas, al parecer: escoger el momento, goza de la sorpresa, todos sus medios están intactos; el que replica, por el contrario, ha sido sorprendido y ha visto destruidos y desorganizados parte de sus medios. Por tanto, existe una asimetría importante entre el ataque y la réplica ¿cuál de ello ha de tomarse como medida de peligro nuclear?

Durante bastante tiempo el interés se centró en el ataque: era la época en que dominaba la preocupación por la hipótesis del ataque por sorpresa, el *Pearl Harbour* nuclear, y en que se presentaba tentador el ataque preventivo o preemptivo (2). Más tarde, se impuso progresivamente que la probabilidad de semejante ataque se iba haciendo cada vez más débil, a medida que la réplica a tal ataque apareció como más cierta y devastadora. Recíprocamente, de poder ser muy eficaz el ataque, la réplica se tornaría débil o problemática, y en semejante caso el ataque resultaba cada vez más probable. Así se llegó a descubrir que «la capacidad de réplica era la clave de la disuasión nuclear», mientras que «la aptitud para reducir la réplica era la clave de la iniciativa nuclear».

Esta noción sencilla dista aún de ser comprendida por todos. En efecto, si el ataque por la primera *frappe* (3) sólo se hace probable, luego plausible, por ser capaz de reducir notablemente la réplica de la segunda *frappe* (4) adversa, se hace evidente que su cualidad primordial residirá en su aptitud para destruir la mayor parte posible de las fuerzas de réplica: «por tanto, el primer ataque ha de ser con prioridad antifuerzas», pues de otro modo no haría sino incitar a una réplica intacta, en todos los casos demasiado temible. Por el contrario, puesto que la disuasión de tales ataques reposa en el temor a la réplica, es preciso que ésta sea tan invulnerable como fuere posible al primer ataque y que su capacidad de destrucción sea lo más gravosa que pueda lograrse para el agresor; por consiguiente, que tome

(2) Preventivo: iniciativa completa del asaltante. Preemptivo: forma de prevenir una iniciativa adversa que se estime inminente.

(3) Primera *frappe*: acción de aquel de los adversarios que toma la iniciativa de emplear armas nucleares estratégicas.

(4) Segunda *frappe*: réplica nuclear del adversario a la primera.

como rehenes a las ciudades, las fábricas y, en términos más generales, los recursos: «la segunda *frappe* debe ser con prioridad antirecursos».

Las situaciones nucleares bilaterales

Partiendo de estas nociones, se ve mejor que la valoración de la estabilidad nuclear depende directamente de la «dialéctica de las segundas *frappes*», es decir, de la comparación entre la eficacia de las réplicas de los dos adversarios consideradas como el efecto presumido de la totalidad del remanente de sus fuerzas. Por tanto, es el valor respectivo de la eficacia de las capacidades de réplica de los dos adversarios el que determina la «situación nuclear». Haciendo variar tales situaciones respectivas y ensayando todas las combinaciones posibles, se impone la serie completa de situaciones nucleares bilaterales imaginables:

- «Estable absoluto», cuando ambos adversarios se ven amenazados con réplicas inaceptables, cualesquiera que sean las puestas.
- «Inestable absoluto», cuando cada uno de los dos adversarios toma seguridades para que no se le inflija ninguna réplica caso de tirar el primero.
- «Superioridad absoluta» del uno o del otro —o sea, dos situaciones—, cuando uno u otro se aseguran, al tirar el primero, de que no recibirá ninguna réplica.

Entre estas tres situaciones absolutas, y para valores intermedios de la capacidad de ataque y de réplica, existen situaciones mixtas que constituyen zonas marginales de inestabilidad (si el riesgo de réplica es escaso por ambas partes), de superioridad del uno o del otro (si el riesgo de réplica es escaso), de estabilidad (si el riesgo de réplica es muy grande, pero aceptable en razón de una puesta mayor).

Estudio de la estabilidad nuclear

Esa estabilidad nuclear merece un atento análisis, por prestársele cualidades que no siempre tiene, al no hacerse distinciones entre las diversas categorías de estabilidad.

Es exacto que dos adversarios, de los cuales uno tiene, por ejemplo, una capacidad eficaz de réplica del 90 por 100 (capacidad efectiva de destrucción del 90 por 100 de los recursos de su adversario), y el otro una capacidad eficaz de réplica del 15 por 100 (capacidad efectiva de destrucción del 15 por 100 de los recursos de su adversario), se encuentran

en una situación de disuasión recíproca —al menos mientras la puesta nos sea tal que el más fuerte se avenga a perder el 15 por 100 de sus recursos. Este equilibrio relativo entre 15 y 90 se ha tomado como base de lo que se ha llamado «el poder igualador del átomo». El fenómeno implica, en efecto, un grado de equilibrio que hubiera sido impensable con los medios clásicos dada esta relación de fuerzas.

Pero falta mucho para que exista *igualdad* entre 15 y 90. Con una capacidad de réplica del 90 por 100 de los recursos del adversario, el bando más potente se beneficia con una capacidad de disuasión absoluta respecto al más débil, en tanto que este último sólo tiene una capacidad de disuasión relativa —y limitada al 15 por 100— respecto al más fuerte. El más débil no tiene más que una capacidad de «disuasión defensiva», sólo válida para la defensa de su territorio, pudiendo, por el contrario, el más fuerte amenazar con la utilización de su 90 por 100 de capacidad si es que se aviene a perder el 15 por 100.

Entonces puede ejercer una «disuasión ofensiva» de la que no es capaz el más débil, disuasión que le permitiría, por ejemplo, impedir al más débil que reaccione frente a un ataque a tercero e incluso contra él mismo. En resumen, si bien la disuasión defensiva directa y relativa es bastante fácil de conseguir (y de ahí la gran estabilidad actual), la disuasión defensiva indirecta es mucho más difícil, por suponer una capacidad de disuasión ofensiva que depende en último término de la aptitud para tirar el primero con un mínimo de riesgos o, por lo menos, dar la impresión de que se osará tirar el primero. Es el problema capital de la plausibilidad del primer ataque.

Conocido es que nuestro mundo contemporáneo desemboca en una estrategia de cuatro niveles (en lugar de los dos clásicos):

1. La paz, la paz completa que casi no existe sino entre aliados y entre neutrales.
2. El nivel de la paz guerra y de la guerra fría, forma de lucha no militar entre naciones ópuestas, que se hace más violenta por la disuasión nuclear y las tensiones ideológicas.
3. El nivel clásico, forma antigua de la lucha armada, más excepcional y más limitada que antes.
4. El nivel nuclear, nuevo y preponderante factor del equilibrio internacional y forma de lucha armada a la vez posible y moralmente inaceptable.

Algunos de estos niveles homogéneos pueden, además, combinarse entre sí, en fórmulas compuestas. Su conocimiento es imprescindible para sacar consecuencias, tanto de la disuasión bilateral como de la multilateral.

Disuasión multilateral

El análisis de la disuasión bilateral permite abordar el estudio de la disuasión en su verdadera dimensión, que es multilateral, y por consiguiente, estar en condiciones de intentar responder a las principales cuestiones planteadas por la estrategia contemporánea.

El problema del tercer partícipe

El problema de la disuasión bilateral sólo representaba una hipótesis de trabajo destinada a simplificar el estudio inicial del fenómeno. En un sistema de disuasión bilateral que opone a dos grandes potencias nucleares, la intervención de un tercer partícipe, que se supone francamente más débil y aliado con uno de los dos adversarios principales, lleva a penetrar en un ámbito en que rigen leyes diferentes, por no tratarse ya de una simple dialéctica, sino de la combinación de las tres dialécticas simultáneas resultantes de la acción de los tres partícipes considerados de dos en dos.

Para abordar este problema en extremo complicado, es necesario, en primer término, aclarar bien lo que representa la dialéctica del tercer partícipe que se supone débil con relación a un adversario potente. Trátase aquí de un caso particular de disuasión puramente bilateral, como la estudiada anteriormente.

En efecto, si se considera la acción directa de un tercer partícipe contra su potente adversario, sin tomar en cuenta la acción del aliado del tercer partícipe, es obligado concluir con la disuasión del más débil, por el más fuerte, la demostración completa es la siguiente.

Si el tercer partícipe es mucho más débil que su adversario, su capacidad disuasiva directa, tal como ha sido analizada en el apartado anterior, depende de su capacidad de réplica. Si ésta sobrepasa un cierto porcentaje —muy débil, por ejemplo, de 5 a 0 por 100— de los recursos del adversario, puede decirse que su capacidad disuasiva es apreciable, por lo menos mientras el envite para el adversario potente no rebasa muy claramente esta proporción de sus recursos. Pero semejante disuasión, es evidente, estará igualmente en función del envite para el tercer partícipe. En efecto, éste, en presencia de un adversario de la estatura de la URSS o de Estados Unidos, corre el riesgo de una destrucción superior al 50 por 100 de sus recursos y tal vez cercana al 100 por 100. El único envite que justifique su suicidio —y con todo es discutible— sería la pérdida total de su libertad: la desigualdad de las puestas puede, por tanto, llevar a una disuasión recíproca de los dos

adversarios, pero es preciso para ello que el envite sea total para el más débil y menor para el más fuerte.

De añadir a este primer balance la incógnita representada por la capacidad de supervivencia de los medios de réplica del tercer partícipe, se puede concluir que la dialéctica de un adversario muy fuerte opuesto a un adversario muy débil desemboca normalmente en la disuasión del más débil y en la libertad de acción del más fuerte, salvo en el caso límite en que el más débil se viera amenazado de la pérdida total de su independencia. La disuasión directa conseguida entonces por el tercer partícipe reposaría casi únicamente en la idea que se hiciera su adversario de su resolución de recurrir a una decisión desesperada.

Esta conclusión indiscutible, en el plano bilateral ha sido tomada como base de las críticas formuladas en Francia y en el extranjero contra las pequeñas fuerzas de *frappe* independientes. Pero como se verá a continuación, esta conclusión elemental carece de valor tan pronto como se la sitúa en un contexto multilateral.

El problema del tercer partícipe en la situación de equilibrio de los dos grandes

Esta influencia constituye la clave de la disuasión multilateral. En efecto, la dialéctica de los dos grandes adversarios conduce a una situación de equilibrio bastante particular, que hemos analizado extensamente en el apartado anterior. Es con «relación a este equilibrio como han de valorarse las consecuencias de la intrusión de un tercer partícipe».

Aspecto de la disuasión bilateral en una situación de equilibrio relativo

Tan pronto como los dos grandes adversarios se encuentran en equilibrio relativo (es decir, cuando la capacidad de réplica de cada cual es temible para el otro), ambos temen ante todo verse arrastrados a desencadenar su destrucción recíproca. A tal fin, como se ha visto en el estudio de la disuasión bilateral, evitarán mutuamente, mediante una política muy matizada, poner en juego envites que sean demasiado importantes para el adversario. De estallar una crisis, por accidente o por un error de apreciación de alguno de los dos, ambos entienden que ha de resolverse al mínimo precio, si es posible con simples amenazas y, si hay que actuar, haciéndolo en todo caso con acciones muy limitadas, en fin, de obligar la gravedad de la situación a mostrar la determinación de emplear si es preciso armas nucleares, ello sería al nivel de la violencia más bajo posible y mediante un desencadena-

miento progresivo, para que la crisis pueda resolverse con un compromiso en cada una de sus etapas.

Esta preocupación de prudencia —que se puso plenamente de manifiesto a propósito de Cuba— no refleja en absoluto una falta de determinación, sino la conciencia aguda de los riesgos enormes que presenta la situación nuclear.

Ahora bien, en tal situación, a la vez estable e inquieta, es muy difícil que alguno de los dos grandes partícipes pueda ejercer una acción disuasiva en defensa de intereses que el otro sabe son marginales para su adversario.

Existen, en efecto, zonas de intereses marginales, pero desiguales para éste o aquél de los adversarios. Allí donde esos intereses parecen ser mínimos con relación a uno de ellos —o sea, que no justifiquen que éste corra grandes riesgos— y más importantes para el otro, este último está tentado de ejercer el chantaje de la crisis. De dar entonces el asociado pruebas de una resolución superior a aquella con que se contaba, la crisis puede adquirir peligrosas proporciones, a menos de que se repliegue el que tomó la iniciativa. Es lo que se produjo en Berlín y en Cuba. Pero en ambos casos, el acontecimiento surgió de una apreciación errónea de la resolución del adversario.

Digamos para concluir, que la situación bilateral de las dos grandes potencias nucleares, hecha de equilibrio relativo y de prudencia, deja subsistir zonas de inestabilidad que pueden producir nuevas y temibles pruebas de fuerza.

Intervención de un tercer partícipe

La intervención de un tercer partícipe nuclear puede modificar profundamente este cuadro si el tercer partícipe está situado en una de las zonas amenazadas, marginales para ambos grandes, o tiene en ella importantes intereses:

1. Para el tercer partícipe la zona es esencial y no marginal.
2. Si sus intereses resultan amenazados, puede reaccionar con medidas de alcance reducido, haciendo correr el riesgo de obligar al juego de los dos grandes a salirse de los límites de prudencia que juzgan necesaria y destruyendo así la esperanza de un compromiso que se basará en la progresividad de las amenazas.

Estas dos consideraciones son capitales y sus consecuencias necesitan ser cuidadosamente examinadas. Tales consecuencias serán diferentes según que la relación de fuerzas de los dos grandes conceda a uno de ellos una

clara superioridad de réplica o según exista entre ambos una igualdad relativa de riesgo nuclear.

Caso de la superioridad del aliado del tercer partícipe

Si el aliado del tercer partícipe tiene una clara superioridad de réplica (es decir, una aptitud suficiente para reducir la réplica adversa a un precio aceptable al disparar el primero), el partido opuesto, que amenaza, no puede en absoluto correr el riesgo de incitarlo a que dispare el primero contra él. Es lo que haría de querer desembarazarse del tercer partícipe mediante un ataque preventivo. «En tal caso, la fuerza nuclear del tercer partícipe resulta, por consiguiente, automáticamente protegida por la existencia de la fuerza aliada», cualquiera que sea su capacidad de supervivencia.

Por consiguiente, en este caso la existencia del «tercer partícipe ha hecho que sus intereses propios sean directamente solidarios de los intereses de su aliado». Lo que ante los ojos del adversario podía pasar por ser una zona marginal, adquiere una importancia crítica. Recíprocamente, y cualesquiera que sean sus intereses reales, el aliado más fuerte se ve constreñido a considerar los intereses del tercer partícipe como si fueran propios.

Caso de la superioridad del adversario del tercer partícipe

De ser el adversario del tercer partícipe el que tiene una superioridad de réplica, la amenaza que ejerce es infinitamente más grave, ya que es del todo punto preciso que no se crea obligado a disparar el primero. Por tanto, las reacciones deberían ser más prudentes y exactamente calculadas. Sin embargo, permanece el hecho de que ninguno de los dos grandes adversarios puede ser el desencadenamiento de un magno conflicto por intereses que, en definitiva, son secundarios para ellos.

En tal situación, la firmeza del tercer partícipe crea mayor peligro para los otros dos: «el adversario no puede atacar preventivamente al tercer partícipe» con medios nucleares sin brindar al aliado de este último la ocasión de reducir su réplica disparando el primero, de suerte que, de buenas a primeras, no atacará al aliado por no querer el gran holocausto. Por su parte, el aliado ve sobre todo el magno peligro de tal conflicto y tratará de impedirlo animando al compromiso. En resumen, incluso en ese caso, «todo sucede como si los intereses del tercer partícipe fueran transferidos a su aliado».

La inestabilidad relativa entre los dos adversarios, por los riesgos que entraña ante la resistencia del tercer partícipe, ha servido para estabilizar la zona marginal defendida por el tercer partícipe.

Caso de equilibrio entre los dos grandes

De estar los dos grandes en equilibrio estable, la influencia del tercer partícipe no es menor. En efecto, si en semejante caso la probabilidad de intervención nuclear de alguno de los grandes se hace muy débil, y acaso nula, el peligro recíproco para los dos grandes se torna tan considerable que ambos están en la obligación de evitar toda agravación del conflicto que una intervención del tercer partícipe amenazaría con enconar más allá de los límites admisibles de seguridad.

Examinemos las diversas hipótesis correspondientes a tal situación:

- La alianza entre uno de los dos grandes y el tercer partícipe es estrecha. El adversario sólo podrá utilizar amenazas matizadas para comprobar el valor de la solidaridad entre ambos aliados. La simple declaración de apoyo del gran aliado será suficiente para resolver el intento.
- La alianza es menos estrecha y los intereses de los aliados claramente divergentes en cuanto al motivo del conflicto. Tal vez quiera el adversario aprovecharse de esta divergencia e intentar, bien una amenaza insistente, bien incluso una acción de fuerza limitada. La abierta resistencia del tercer partícipe crea una situación extremadamente peligrosa en razón de los riesgos de escalonamiento. Su aliado, hasta entonces vacilante, no puede por menos que intervenir para zanjar la crisis.
- La solidaridad entre aliados, en cuanto al objeto del conflicto, se ha roto completamente; el aliado del tercer partícipe se ha declarado neutral en ese caso. Incluso en semejante hipótesis, el tercer partícipe no ha perdido las probabilidades de verse sostenido por su antiguo aliado, «a condición de que resista, de que sepa durar y de que puede mantener siempre una amenaza de escalamiento». En efecto, así plantea un problema internacional de máxima gravedad, inaceptable para los dos grandes adversarios. El antiguo aliado se ve obligado a intervenir, bien para unirse al tercer partícipe, bien más probablemente, para detener el conflicto, imponiendo un compromiso.

Conclusión

La intrusión de un tercer partícipe en un equilibrio nuclear bipolar tiene, por consiguiente, consecuencias estratégicas que exceden con mucho de la importancia nuclear de este tercer partícipe:

- Los intereses vitales del tercer partícipe se tornan directamente solidarios de los de su aliado más poderoso.

- El adversario no puede ignorarlos, ni puede cometer ya un error de apreciación sobre la solidaridad que liga a los aliados entre sí, ni sobre la importancia que concede el aliado principal a zonas que para él son marginales, pero vitales para el tercer partícipe.
- En caso de crisis, la existencia del tercer partícipe permite a su aliado poderoso no intervenir sino en segunda posición.
- Estas consecuencias son esencialmente disuasivas y refuerzan la estabilidad estratégica.

Ciertos analistas han querido resumir el papel de esta tercera fuerza en dos palabras: suicidio o chantaje. Tales apreciaciones son sumarias y tendenciosas, ya que la realidad, como ha podido verse, es mucho más compleja. Por otra parte, la comprensión general del fenómeno resulta falseada siempre que se considere un problema nuclear desde el punto de vista de su desencadenamiento y no desde el de la disuasión, lo cual es justamente todo lo contrario (5).

El suicidio consistiría en responder a cualquier agresión con un bombardero estratégico. Sería ésta una concepción extraordinariamente simplista en la que se habría confundido la amenaza desencadenamiento con el desencadenamiento efectivo.

El chantaje es una fea palabra que arroja mal una realidad constante en política internacional: cada cual trata de que prevalezcan sus intereses con los medios de que dispone. El hecho de que ciertos medios se revelen poderosos, no da lugar a ofuscarse ni a que se los considere desleales. Los demás no se privarían de emplearlos.

De hecho, «la existencia de un tercer partícipe tiene como efecto limitar en cierta medida la libertad de acción de los otros dos». Es esta consecuencia la que ha parecido exorbitante a los defensores del sistema bipolar, tanto más cuanto que tal resultado se conseguía con fuerzas muy limitadas.

Más grave aún: se ha apuntado la idea de que este tercer partícipe podría desencadenar un conflicto nuclear, y ello ha sido juzgado inadmisibles por demasiado peligroso y por arrebatarse a los partícipes principales la facultad de «decidir la paz y la guerra».

(5) Por ello, la teoría simplificadora del «detonador» no merece siquiera ser discutida. Nadie quiere desencadenar un conflicto nuclear.

El problema de las alianzas nucleares

Objeciones a una fuerza nuclear independiente

La confusión dogmática se traduce siempre en afirmaciones contradictorias. MacNamara agrupó las contradicciones en una fórmula muy conocida: una pequeña fuerza nuclear independiente sería, a un tiempo, «ineficaz, inútil y peligrosa».

«¿Ineficaz?». Hemos visto que no era este el caso en la disuasión multilateral. Además, ¿cómo puede concebirse una fuerza que fuera a un tiempo peligrosa e ineficaz, cuando es el peligro el que está en la base de la disuasión?

«¿Inútil?», sólo se justificaría plenamente si la fuerza fuese realmente «ineficaz»; por ejemplo, la eficacia de la fuerza nuclear de Estados Unidos hasta para la disuasión suya y de sus aliados. Esto es cierto en el caso general, pero puede resultar inexacto cuando se trate de intereses demasiado marginales para aquella nación.

El Tratado de la OTAN prevé que la agresión contra uno de sus miembros será considerada como una agresión contra todos (he aquí la palabra empeñada), pero que la forma de apoyo prestado al Estado agredido se dejará a la apreciación de cada uno de los aliados (he aquí el alcance de la palabra empeñada).

El hecho, por parte de Estados Unidos, de reservarse su libertad de decisión, señaladamente para el uso de las armas nucleares, implica que no descartan la posibilidad de no comprometer sus fuerzas nucleares en determinadas circunstancias, incluso si están comprometidas sus fuerzas clásicas.

Dado que la guerra nuclear es demasiado grave para ligarla automáticamente a cualquier previsión o a cualquier alianza se comprende que haya autores que han llegado a deducir que estas últimas no tenían ya sentido en esta era nuclear.

La nueva cuestión que se plantea hoy en día es la de saber si efectivamente los riesgos nucleares son tales, de modo permanente, que la esencia de las alianzas resulta por ellos modificada.

Que los riesgos nucleares pueden ser mortales está fuera de dudas y es éste el extremo en el que se hace hincapié para proclamar la muerte de las alianzas. Porque si dos o varios aliados tienen en común intereses vitales, su alianza será válida y los llevará a correr juntos riesgos importantes; pero al

contrario, si los intereses comunes puestos en juego son insuficientemente importantes para uno de los aliados, el menor riesgo de conflicto podrá romper esa solidaridad. Las alianzas no han muerto pero el arma atómica tiende a hacerlas más inestables.

Paradójicamente, con relación a la mayor parte de las doctrinas actuales, el único medio de devolverles una gran estabilidad es fundar las alianzas en fuerzas independientes: los intereses, vitales para el aliado más débil, pero marginales para el aliado poderoso se convierten así en vitales para este último, creándose la solidaridad completa.

«¿Peligrosa?» El problema capital es este: ¿cómo aceptará un aliado correr riesgos exorbitantes para él con motivo de conflictos que conceptúa marginales? Evidentemente, el riesgo de que el tercer partícipe reacciones en forma desordenada ante una amenaza puede existir y lo que se teme es que el tercer partícipe no se atenga a las reglas del juego. Es ésta la razón esencial de las doctrinas que relanzan una integración completa de las fuerzas nucleares bajo un mando único.

El problema de la coordinación de las fuerzas independientes se ha presentado hasta ahora en forma demasiado parcial: no se ha querido ver las ventajas reales que podrían derivarse de la multiplicidad de los centros de decisión y no se ha buscado verdaderamente la existencia de una solución satisfactoria en el ámbito de la coordinación nuclear, como no hubo más remedio que hacerlo para la coordinación a los demás niveles.

En realidad la inquietud proviene de que actualmente las doctrinas nucleares parecen ser divergentes. En estas condiciones, se teme que la independencia lleve a falsas maniobras, tanto más graves cuanto que el partícipe disponga de medios suficientes para volar la santabárbara, aunque fuera el primero en perecer, y que, por otra parte, la actitud de irracionalidad adoptara con fines disuasivos siembra la duda respecto a su decisión.

Esta situación no es ni fortuita ni interminable. Resulta de que, hasta ahora, los problemas nucleares han sido estudiados y difundidos en marcos estrictamente nacionales, ello por obra de Estados Unidos y de la Ley de MacMahon. Si desde que la OTAN existe, los norteamericanos hubieran hecho gozar a sus aliados de las realidades de la estrategia nuclear que estaban madurando, todos los miembros de la OTAN habrían progresado juntos y se hallarían actualmente en la misma etapa de comprensión del fenómeno, lo que no es el caso.

El peligro de las fuerzas nucleares independientes proviene únicamente del desfase que existe entre los aliados respecto a la apreciación de los problemas nucleares.

Para que desaparezca este desfase, no hay otra solución que hacer estudiar y trabajar en común a los aliados —como debiera haberse hecho desde hace 10 años— con relación a los complejos problemas planteados por la existencia de las armas nucleares, no sólo en el plano técnico, sino, sobre todo, en el plano estratégico-político más elevado. Sólo siguiendo este camino es como se podrá lograr la educación recíproca de los asociados y hacerles comprender el sentido de los verdaderos intereses comunes de la alianza al nivel nuclear.

En el ámbito internacional, lo mismo que en el de la política interior, no hay verdadera democracia, sino por la educación. Al pretender, mediante la integración, conservar el control absoluto de todas las fuerzas nucleares, los norteamericanos tienden a mantener y a acrecentar más aún el desfase intelectual existente entre los aliados, que actualmente es tan nefasto. Por el contrario, si se quiere que un tercer partícipe pueda actuar teniendo siempre en cuenta las condiciones muy apremiantes que dominan la oposición nuclear de los dos grandes, hay que tratarlo como aliado total y discutir a fondo con él, sin dogmatismos ni segundas intenciones de secreto estratégico —por lo demás fútil—, los aspectos diversos de las situaciones que puedan surgir, construyéndose así, colectivamente, una verdadera doctrina estratégica común.

En ese momento se lograría, no ya una fuerza integrada que salvaguardara mediante artificios (como la fuerza multilateral) la apariencia de autonomía de los aliados, ni un atelaje desunido de asociados desiguales y recelosos, sino un «verdadero equipo» de campeonato, dispuesto a jugar libremente el juego de la disuasión con todos sus matices y sus fintas más sagaces. La indispensable coordinación no se conseguirá con la renuncia de los poderes de decisión de los aliados, en materia nuclear en favor de uno de ellos, ni mediante un sistema de veto imposible de admitir, sino gracias al perfecto conocimiento del interés colectivo.

Esta conclusión, que se impondrá tarde o temprano, por ser la única practicable, tiene dos corolarios importantes:

- El primero, es que el tercer partícipe tiene que comprender claramente que su papel se inserta en un conjunto y que su acción independiente ha de ser la de apoyar y completar la acción de su aliado, a fin de lograr el resultado más disuasivo y evitar las consecuencias incontrolables. «Su maniobra debe efectuarse por lo menos tanto en función del aliado cuyo poder disuasivo se utiliza como del adversario que se quiere disuadir». Independencia no quiere decir ciego egoísmo.

- El segundo es que «la única manera de que una fuerza independiente no sea peligrosa es tenerla por aliada, ya que sólo así cabe concebirse la posibilidad de una buena y necesaria coordinación, siempre que se adopten los medios para conseguirla».

Las posibles ventajas de las alianzas nucleares

Puesto que me veo comprometido en la tarea de disipar el error vinculado al espantajo de las fuerzas nucleares llamadas independientes, estoy obligado, no sólo a mostrar, como lo he hecho, que no siempre las críticas estaban fundadas, sino también que existe en favor de esas fuerzas un balance que puede ser muy positivo.

Solidaridad

El primer elemento positivo ha sido identificado de paso: las fuerzas nucleares independientes crean, por su misma existencia, una solidaridad orgánica entre aliados, la cual se extiende necesariamente al conjunto de sus intereses vitales. Esto es capital, por lograrse así algo más sólido que todos los compromisos escritos e impidiendo, por este hecho, que el adversario pueda operar en adelante contando con las divergencias de intereses que siempre existen entre aliados en tal o cual punto.

Tal solidaridad, lejos de ser peligrosa como se ha dicho por error, tiene la ventaja esencial de ser disuasiva, es decir, de impedir que el adversario pueda creer hábil aprovecharse de ciertos incidentes en los que hubiera cabido esperar que uno de los aliados admitiese un compromiso en perjuicio del otro. La existencia de fuerzas nucleares independientes tiende a reducir el área de expansión de la guerra fría.

Juego de quipo e incertidumbre del adversario

Esta solidaridad permite igualmente una forma de maniobra de disuasión más eficaz. En estrategia bilateral cada uno de los lados adversarios escudriña la voluntad del otro y se rige por sus reacciones. En estrategia multilateral, el hecho de tener frente a sí a varios adversarios complica extraordinariamente la apreciación de la situación, al extremo de impedir toda previsión.

Con tres participantes las 15 intervenciones posibles pueden llevarse a cabo de diversas maneras diferentes (advertencias, movilización parcial,

bloqueo, medidas militares, etc.) sobrepasan las 200 posibilidades. Con cuatro partícipes esta cifra es muy superior a 1.000.

La complicación derivada de semejante planificación muestra hasta la evidencia que el partido que concierta sus acciones goza de considerable superioridad respecto al adversario único, que se encuentra sumido en una incertidumbre total en cuanto al efecto previsible de sus acciones y hasta del grado de coordinación o de iniciativa de cada uno de los que se le oponen.

Habida cuenta de los imponderables de este juego muy complicado, resulta cierto que los pronósticos de éxito son cada vez más azarosos y que, por consiguiente, «la situación es mucho más estable que si sólo dos adversarios estuvieran en presencia».

Posibilidad de osmosis técnica

La estabilidad y la solidaridad logradas por la existencia de fuerzas independientes autoriza entre aliados una modalidad de relaciones que hasta el presente no ha podido existir (si se exceptúa a Gran Bretaña y a Estados Unidos, en razón de los lazos existentes entre ellos en el momento de crearse el arma atómica).

En efecto, si una cierta difusión de las armas nucleares se impusiera al fin como benéfica, las principales objeciones suscitadas por el intercambio de datos técnicos perderían mucho de su valor. Entonces cabría pensar que los intercambios técnicos son imprescindibles entre aliados y se realizarían con profusión.

Conclusión

Los desarrollos que anteceden muestran que, en vez de anatematizar las fuerzas nucleares independientes, más vale esforzarse por ordenar esta situación nueva, que se ha hecho inevitable, y aprovecharse de las reales posibilidades que brinda, «de saberlas utilizar».

Entonces se comprenderá que la larga insistencia en lograr una completa integración de las fuerzas nucleares provenía de un prejuicio instintivo, de un examen demasiado parcial del problema de la disuasión multilateral y que su éxito, además de ser políticamente imposible, hubiera podido provocar cierta pérdida de ventajas en el plano estratégico.

Pero me temo que esta conclusión no se imponga inmediatamente...

Dicho lo cual, no pretendo que en la práctica un sistema nuclear multilateral sea necesariamente el mejor. Ello dependerá esencialmente de la forma en que se lo sepa utilizar constituyendo un equipo lo bastante coordinado, pero volvemos a hallar en el problema multilateral la misma paradoja que dominaba el problema bilateral: el arma nuclear sólo es benéfica si se consigue a un tiempo mantener su valor de amenaza y evitar su empleo.

Impresión final

Resumir el pensamiento del más grande estratega de los últimos años no resulta tarea fácil. Si además, ese resumen ha de ceñirse a una faceta particular de sus ideas la labor es aún más ardua; pues al ser Beaufre el auténtico modelador de una nueva estrategia resulta punto menos que imposible desligar el estudio de la parcela nuclear de otros aspectos que la comprenden o la complementan. Asimismo, a ello se ha de sumar que las teorías estratégicas, aunque incluidas en el núcleo del pensamiento de Beaufre son sólo una aparte de un todo compuesto por su filosofía de la guerra y la paz, sus estudios sobre las nuevas formas de guerra, sus razonamientos tácticos y sus tentativas por comprender el futuro de nuestra civilización y calcular las transformaciones de un mañana que se adivina más como una revolución que como una evolución. Además todo esto realizado dentro de un concepto europeísta de la historia y del porvenir.

Al finalizar este análisis del razonamiento nuclear de Beaufre, ese poliformismo de ideas que acabo de referir me obliga a no terminarle sin dar a conocer, aunque sea sucintamente, algunas de sus originales reflexiones ajenas al campo atómico. Reflexiones que aunque parezcan inconexas entre sí, guardan una íntima relación convergente hacia esa meta buscada incensatamente por André Beaufre: el hallazgo de la «estrategia total».

Su pensamiento europeísta puede en breve sinopsis concretarse así:

«El gran problema de nuestra época no es sólo casar los poderosos medios de la ciencia y de la técnica con la síntesis que Europa supo hacer de sus tradiciones y su historia, sino también la necesidad de alumbrar una gran entidad supranacional de características propias».

Hay que crear una Europa unida y solidaria con capacidad para proporcionarse su propia seguridad, si cae en un sistema de organización político-militar completamente imbricado con América del Norte, no tomará jamás conciencia de sus específicos problemas: quedará en el agrupamiento aliado sin personalidad propia. No sólo carecerá de poder disuasorio para defender sus intereses fuera de área, sino incluso dentro de ella.

Se ve claro que la solución a los problemas de defensa europea están en caminar hacia una Europa unida. Es imprescindible reformar la OTAN para hacerla compatible con la perspectiva de una Europa político-militar. La Organización debe asentarse sobre un escalón Atlántico que enlace Europa con Estados Unidos y sobre otro escalón europeo distinto donde los americanos no estarán más que asociados. Se hace necesario para Europa dotarse de su propio poder atómico independiente de otras potencias para conseguir entrar en el proceso de «disuasión multilateral».

Su visión de la lucha revolucionaria se compendia en el epílogo de su obra: *La guerre revolutionnaire*. La estrategia para hacerla frente es difícil de definir ya que se trata de uno de los tipos más prolíficos de contiendas armadas. Después de estudiar una cincuentena de ejemplos históricos resulta delicado determinar la extensión específica de una forma de guerra revolucionaria, sin embargo existen unos trazos comunes para todos ellos.

Los procedimientos, son bien conocidos: la agitación, el terrorismo, la guerrilla, la organización y control de las poblaciones, la propaganda internacional, la propaganda en el país enemigo, la constitución de gobiernos provisionales, la negociación prolongada, etc. Estos procedimientos confieren a la guerra revolucionaria un estilo específico, pero no constituyen la esencia.

La esencia de la guerra revolucionaria gira alrededor de la existencia de un tema perceptible de galvanizar las energías latentes. Este tema puede ser político, social, religioso, racial o tribal, según la psicología de las poblaciones a amotinar. Su definición da todo el sentido al movimiento revolucionario.

Cualquiera que sea su intensidad, la guerra revolucionaria desarrolla a menudo las técnicas de la guerra ilimitada. La insuficiencia de medios materiales debe de ser compensada por una intensa acción psicológica y por una detallada «estrategia de la acción».

Sus ideas sobre el futuro se cristalizan en dos libros: *La apuesta del desorden* y *Construir el porvenir*. He aquí algunas consideraciones sobre el tema: una crisis de civilización, progresiva o violenta, entraña siempre una profunda conmoción, pues afecta lo esencial: la fe en los valores que constituyen el fundamento de la civilización. En efecto, un sistema de valores define lo que es ejemplar y deseable, así como aquello que es malo y prohibido. Es el conjunto de las incitaciones y de los tabúes que constituyen en el orden psicológico los aceleradores y los frenos de la acción que se encuentra así canalizada en una dirección definida. El

prestigio de estos valores crea la legitimidad de las acciones y de la autoridad. Explícita o implícitamente, un sistema de valores implica una filosofía. Una crisis de civilización significa un cambio de filosofía, o —más claramente— un cambio de religión, es decir la modificación de los conceptos que ligan al hombre con lo desconocido.

El estudio del futuro comporta tres actitudes diferentes que es importante no confundir: la predicción, la previsión y la construcción.

La predicción es una proyección en el futuro sin ningún alcance. Define un futuro entre mil otros posibles.

La previsión se basa en el estudio de las posibilidades concebidas como el máximo de evolución, correspondientes a los fenómenos actuales extrapolados, en función de las modificaciones probables. Determina así los puntos futuros que puedan asegurar las grandes transformaciones a esperar. La combinación de muchos puntos futuros permite imaginar posibles nuevas situaciones.

La construcción del futuro es la elección de los medios a tomar en cada fase para alcanzar las posibilidades elegidas y para evitar aquellas que se dude. Por un lado una meta y por otro una maniobra fundada en una extensa información.

Nosotros seremos responsables del porvenir que se edifique a nuestro alrededor. Ésta debe ser nuestra toma de conciencia que nos obligue a escrutar cada vez más los mecanismos de la historia en elaboración, y de conformar nuestra conducta de acuerdo a ella, para ser realmente capaces de edificar conscientemente un porvenir que mereceremos finalmente por nuestra voluntad, pero también por nuestra inteligencia.

La percepción de la necesidad de enlazar la estrategia y la política le hace ver así a Beaufre esta vinculación:

«El vencido merece su suerte por ser siempre su derrota el resultado de los errores del pensamiento que ha debido cometer, sea antes, sea durante el conflicto. El acertar con el objetivo de la acción constituye la decisión fundamental que jerarquiza la responsabilidad de la política respecto a la estrategia. Es necesario siempre colocar en planos separados al político y al estratega, pues en el orden de la estrategia total la interacción debe de ser constante y continuada. Sin duda que se necesitará, tarde o temprano, adaptar los resortes superiores del Estado al concepto de estrategia total, para permitirle reemplazar el concepto, actualmente sobrepasado, de Defensa Nacional».

Desarrollándose la acción en medio de los acontecimientos para crear un acontecimiento, esto no será posible sin un entendimiento perfecto de aquellos que han de intervenir, y de las fuerzas que van a actuar o rechazar la acción encarada. Por tanto, la concepción de la acción estratégica proviene de un análisis político.

Pero, reconocer la subordinación de la estrategia total a la política, no es suficiente: la elección de los medios, las «zonas de acción», la determinación de las fases. Todo depende en gran parte de la selección de los móviles psicológicos que se quiere explotar, tanto frente al adversario cuanto de su propia población, de los amigos y de los neutrales. Solamente hay una buena estrategia total cuando está fundada sobre móviles psicológicos porque este componente psicológico es mucho más grande en la acción que en la disuasión.

Así, es imposible no concebir la necesidad de una osmosis constante entre la política y la estrategia total; la primera gobernando y trazando el cuadro en el cual la estrategia deberá buscar sus soluciones; la segunda ayudando a la política a establecer su diagnóstico a partir de un método riguroso y del conocimiento de las posibilidades estratégicas.

No parece justo limitar la estrategia al aspecto propiamente coercitivo de las relaciones internacionales: la coerción tiende, de más en más, a hacerse insidiosa y presuntamente se diferencia muy poco de los procedimientos políticos considerados como «normales». La preocupación estratégica debe de ser permanente, en los períodos normales como en los excepcionales, porque es el único método de análisis que puede permitir prever los peligros y pararlos a tiempo. Por el contrario, la puesta en acción de la estrategia corresponde, sin duda, únicamente a las fases en que la política concluye en la necesidad de una acción, fijando los objetivos políticos sean disuasorios sean activos.

La diferencia entre la «gran política» y la estrategia total reside ante todo en la actitud del espíritu propia de cada una de ellas: intuitiva, filosófica y creadora la primera; pragmática, racional y referida constantemente al objetivo político la segunda.

Es ésta una distinción capital que conducirá a la jerarquía de sucesión lógica: el diagnóstico político que juzga la situación, la línea política que fija los objetivos políticos a alcanzar, el análisis estratégico que juzga las posibilidades y la línea estratégica que fija él o los objetivos estratégicos, así como los medios.

En el hervidero de la historia que elaboran los agrupamientos humanos, el álgebra subyacente en las relaciones de fuerza entre las naciones, es la estrategia. En ese dominio, la sombra gigantesca de la disuasión nuclear y el desarrollo de la estrategia de la acción sobre el modo indirecto, harán de la «estrategia total» uno de los medios más importantes del arte de gobernar.